

NOTICIARIO

Revista científica, artística y literaria de
EL ANUNCIADOR

TOMO I

MAHÓN 16 OCTUBRE 1888

NÚM. 6

SUMARIO

I. Cartas á una mujer.—II. Esfuerzo propio.—III. Cristóbal Colón.—IV. (poesía) Latidos.

CARTAS Á UNA MUJER

EPÍSTOLA SEGUNDA (a)

En mi anterior, despues de hablarte de amor, de fé y de pasión, como ligeras ideas que posteriormente habian de tomar mayores proporciones, terminé ofreciéndote la historia de una mujer, combatida por las pasiones, y aniquilado su propio corazón. Mas hoy, aunque con honda pena, no puedo cumplir mi promesa; porque causas superiores á mis deseos y á mi voluntad se imponen, y me obligan á seguir ocupándome de tí, y á variar por completo el órden que en un principio pensé seguir respecto al contenido de estas cartas, que ni tú ni yo sabemos cual será la última, pues suceda lo que quiera, ni por nada ni por nadie, dejaré de realizar mi propósito aunque nada consiga; ó tan solo un arrepentimiento de breves dias; porque una voz secreta me anima constantemente á proseguir, sin que los resultados casi nulos, que hasta hoy he obtenido, siembren en mi ánimo el desaliento; pues por lo menos tendré la satisfacción de haber pretendido hacer un bien, aunque mi voz se haya perdido en el vacío, y no en el vacío absoluto, sino en el relativo que empieza en tu alma. Esto, para tí, no representa

(a) Véase la «primera» en el n.º 4 del Noticiario.



nada: ¿verdad? Sé franca. Es decir... nada me digas; prefiero vacilar y que mi imaginación fluctúe por el ancho espacio de la duda; porque hay realidades tan tristes y que nos impresionan tanto, que es preferible vivir en la incertidumbre.

Tú no sabes lo horrible que es adquirir el pleno convencimiento de que existe una mujer; no... una niña, sorda á la voz del deber y á los gritos de su conciencia; con todas las costumbres, con todos los hábitos, con todas las inclinaciones de una mujer delincuente. No; tú no sabes esto; porque si tuvieras conocimiento de ello, otro sería tu proceder, y entablarias una lucha titánica, en la que al fin saldrías vencedora; y si ante el mundo no podías presentarte con una completa y absoluta pureza de alma y de cuerpo, podrías aparecer completamente regenerada, y nadie podría hacerte inclinar la frente con rubor, ni llamar á tus ojos lágrimas de vergüenza.

¡Ay de tí! mujer desgraciada, el día en que tu conciencia despierte del letárgico sueño, en que hoy está sumida; porque sus gritos serán entonces mayores, y el arrepentimiento imposible. Te compadezco y tiemblo más que tú, por la llegada de ese día, porque yo conozco perfectamente sus efectos, y cual será tu fin; y no acaricies la loca esperanza de que ese día no llegará, porque el desengaño será entonces mayor. Hoy en el mundo solo ves goce y placeres, que yo ni comprendo ni conozco; porque solo existen para aquellas personas, en cuyo pecho late un corazón corrompido y desgranado de los sentimientos bellos, como el amor y la virtud; sin que mis esfuerzos, para presentártelo bajo su verdadera forma, hayan servido de nada hasta hoy, porque tú, obstinada en labrar tu ruina, no quieres creerme; pero mañana caerá de tus ojos la túpida venda que cubre tu vista, y ante tí, como si fuera una ilusión óptica, aparecerá un cuadro horrible y siniestro, rodeado de una orla de fuego, que su sola presencia sembrará en tu sér el terror y el pánico más absoluto. Entonces querrás retroceder, y no podrás; tal vez acudas á mí, solicitando un apoyo que hoy te brindo y tú rechazas, y yo, impotente ya para luchar contra un mundo que habrá

llegado á conocerte á fondo, tendré, á mi pesar, que abandonarte á tí misma y limitarme á sentirlo con toda mi alma; sin poder salir del estrecho círculo de espectador de tu caída, que tanto trabajo hoy por evitar, sin haber logrado aún llegar á tocar la fibra sensible de tu alma; sin haber encontrado en tu corazón la voz que responde á la del deber y el sentimiento, y para encontrarlas, he recorrido todos los resortes imaginables: ni medios ni formas he omitido; mas todo ha sido inútil. Tú lo sabes muy bien, y hasta has tenido la ingenuidad de confesármelo.

Después de esfuerzos inauditos logré ver en tus ojos una lágrima, y me estremecí de placer. ¡Se ha salvado! exclamé ébrio de alegría; porque en aquella —tal vez primera lágrima,— creí ver el punto de partida de un rápido arrepentimiento; el brillante faro, que había de conducirte al puerto de salvación; la primera manifestación de sentimiento en tu alma. ¡Cuán grande error padecía! La fatalidad me separó de tu lado, y cuando, al cabo de un mes, volví á verte, te encontré desconocida. Ignoro los factores que causaron tu nuevo retroceso, las causas que pudieron precipitarte, pero, sean las que fueren, ninguna te disculpa. Sé que ni aun siquiera sostuviste lucha; y sí, que te dejaste arrastrar, y volviste de nuevo al camino que tu corazón jamás abandonó. Si hubieras luchado, si hubieras opuesto la más pequeña resistencia, hoy disfrutarías una tranquilidad y una satisfacción, que ni sientes ni sentirás jamás, y para mañana verías un cielo de ilimitada dicha, grande, muy grande, infinito como infinito es todo lo hermoso; pero tú no comprendes esto; para comprenderlo es preciso sentirlo; para sentirlo es indispensable tener corazón, y tú careces de él. Si lo tienes, es muy pequeño, raquítico, imposibilitado para sentir, y el sentimiento en la mujer es su mejor joya, y la sólida garantía de su verdadera virtud.

Poco después de mi regreso te he visto llorar, he llorado contigo, he enjugado mil veces tus lágrimas con mis ardientes besos, y á veces dudaba si aquella mujer que estrechaba entre mis brazos y

contra mi pecho, si aquella mujer que agoviada por el dolor inclinaba su cabeza, apoyándola en mi hombro, mientras decía: *sufro mucho, bien mío; pero no importa: sigue; te lo ruego*; con voz tan débil como el eco de un suspiro, era digna de mi cariño, de mi desprecio ó de mi ódio. ¡La duda, ese espectro terrible, ese pavoroso fantasma, cuantas veces se irguió colosal y gigante ante mí, asentándome una terrible puñalada en mitad del corazón! ¡Cuantas penas brotaban á borbotones por esa herida! Condensaban una eternidad en un solo minuto! ¡Pobres ilusiones mías, que al verte llorar y mientras mis lágrimas también surcaban mis mejillas, se elevaban hasta las regiones de lo sublime, para ser arrojadas de aquella altura por la más triste de todas las decepciones.

Después, te he visto pálida, desencajada, convulsa, con las convulsiones del vértigo, que produce la luz al disipar las densas tinieblas de la duda. Caíste desplomada al suelo lanzando un grito estridente; un gigantesco grito de remordimiento y de angustia apenas acabaste de formular mi *juramento*.

Era en una de esas espléndidas tardes del mes de julio, y á la hora en que el medroso crepúsculo empieza á unir en fuerte y estrecho abrazo la luz y las tinieblas. Estábamos en nuestra catedral; en ese sorprendente monumento delator de nuestro orgullo; en esa raquílica prisión de nuestra fé y de nuestras creencias. Sus elípticas bóvedas, sus elevados y numerosos pilares, las hornacinas de las imágenes, sus agimeces cargados de vidrios de colores, sus graníticas esculturas, sus endriagos y luciérnagas confundiéndose en lontananza, del mismo modo que en tu cerebro se confundían las ideas, daban al templo un aspecto tal de magestad que se imponía y dominaba. Allá en un rincón, la capilla del Sagrario iluminada por media docena de velas de cera, completaba el cuadro que debe estar más grabado en tu corazón que en tu memoria. Tú, postrada de hinojos junto á la ferrea verja, que separa á la imagen del creyente como insuperable barrera; como invencible obstáculo interpuesto entre Dios y el hombre, y yo, de pié á tu lado, contem-

plándote con pena, devorando tus ojos con mis ojos y pretendiendo leer á través de ellos en el cerrado libro de tú corazón. Ambos absortos en nuestros pensamientos al parecer refundidos en uno solo, pero tan distantes entre sí, como los del fanático y el ateo. El día este era memorable por más de un concepto y debe marcar época en tu vida. Debe dejar en tí un rastro de fuego. Murmurabas creo una plegaria, y digo creo, porque, aún cuando tus lábios rezaban, ignoro lo que hacia tu alma, ni lo que sentia en aquel momento supremo.

Avanzaba la noche, volaba el tiempo y era forzoso abandonar el recinto que nos cobijaba y que ya empezaba á imponerse á tí infundiendo en tu corazón un terror indescriptible. Merced á un esfuerzo supremo y en el que se agotaron todas tus fuerzas, hiciste por tu libre y espontánea voluntad el juramento á que he aludido y que supongo no habrás olvidado ni olvidarás jamas, por dilatada que sea tu existencia. Pronunciada por tí la última frase, se disipó el soplo de vida que parecia sostenerte; y como cuerpo yerto rodaste sobre el pavimento, sin darme apenas tiempo para sostenerte. Tu corazón indudablemente presentia el perjurio y la materia resultó débil para prolongar y sostener la lucha. Emocionado y transido de pena te arrastré fuera de la capilla. Recobraste el uso de tus facultades de allí á poco; y solo pudiste decir *vamos*, y apoyada en mis brazos nos dirijimos á tu casa. La fiebre: esa fiebre que se impone á todo; ese soplo de finjida vitalidad y por lo tanto más poderosa te sostenia. La naturaleza tenia sin embargo que sucumbir á tan encontradas y rudas emociones y sucumbiste al fin para caer postrada en el lecho.

¿Qué dijiste durante tu enfermedad? ¡Lo has olvidado! ¡No así yo; que tus palabras están grabadas en mi corazón con caracteres indelebles! Cuando un sentimiento invade el corazón y se apodera del alma no se olvida jamás. Un momento de placer por grande que sea se relega al panteon del olvido; pero un instante de pena

y angustia jamás se borra de la memoria. Es una nota eterna, vibrante y sostenida.

Ya te encuentras restablecida y con deseos de conocer la consabida historia. En la siguiente carta irá. ¿Influirá más en tí, que tu propia y triste experiencia? Creo y dudo; ambas cosas á la vez. La primera, hija de mi deseo; la segunda, consecuencia lógica del conocimiento que de tí tiene tu

SIUL SEDLAV.

ESFUERZO PROPIO

«Ayudate y Dios te ayudará» es una conocida máxima de la experiencia humana. En el esfuerzo propio está el principal secreto de todo adelantamiento; y cuando este hábito caracteriza á un pueblo, constituye el gérmen de su grandeza.

El auxilio que viene de fuera es flaco de suyo: sólo el que nace de adentro sirve eficazmente. Todo cuanto se ejecuta en favor de otros les aminora el estímulo ó la necesidad de obrar por sí mismos. Donde hay tutela se enerva la iniciativa propia.

Ni aún las mejores instituciones ayudan al individuo directamente. Lo más que pueden hacer es dejarle en aptitud para valerse á sí mismo.

Equivocadamente se atribuye, sin embargo, mayor eficacia á la intervención del gobierno que al esfuerzo propio.

Ningun gobierno hay capaz de volver industrioso al holgazán, económico al pródigo ni sóbrio al beodo: mientras que, por el contrario, cualquier individuo puede por sí sólo adquirir todas aquellas virtudes.

Y la grandeza de un Estado depende mucho menos de la forma de sus instituciones que del carácter de sus habitantes, porque necesariamente es el producto definitivo de las cualidades individuales.

A la industria, á la energía, á la honradez de todos se debe la prosperidad general; así como á los defectos de todos la decadencia. Las que solemos apellidar desgracias nacionales tienen, de ordinario, su origen en la depravación comun; y vanamente se pretenderá conjurarlas con leyes, á ménos de haberse ántes corregido las costumbres.

Reflejo del país es todo gobierno. Si está por encima de la opinión, habrá inevitablemente que descender; si está por debajo, tendrá que elevarse sin remedio. Las naciones encuentran en las leyes su nivel, á la manera que las aguas el suyo en las concavidades que las contienen. Pueblo noble será siempre noblemente gobernado, y al contrario, el pueblo ignorante ó corrompido.

Mucha más sensatez y patriotismo que en alterar la constitución de un país, hay, por consiguiente, en infundir en él los bríos necesarios para que cada cual se habitúe á contar consigo mismo y á poder así mejorarse y engrandecerse, en virtud de su propia voluntad y sus esfuerzos.

Comparativamente, importa poco el como se gobierna donde uno viva: lo principal está en que uno á si mismo se gobierne bien. El mayor esclavo no es el de un déspota, sino el de su propia ignorancia moral, el de su egoismo, el de sus pasiones, el de sus vicios. Antes de ahora ya hubo, y aún quizás haya todavía, ilusos que juzgaron obra meritoria asesinar tiranos, olvidándose de que estos representan fielmente á los tiranizados. Los pueblos que tienen cadenas en el corazón no se emancipan con meros cambios de dueños ó instituciones. Es un error creer que del gobierno dependa siempre toda la libertad. Hay que reconocer que uno de los verdaderos fundamentos de la libertad estriba en el caracter de los individuos, que constituye una de las más estimables garantías del sosiego y de los progresos de la nación.

Solo son libres los pueblos, que poseen las dotes necesarias para serlo.

CRISTOBAL COLÓN

Un norte americano, especulador por el estilo de Barnum, ha tenido el arrojo de proponer, y lo que es más grave, por medio de

su cónsul al gobierno de Santo Domingo, que le alquile los huesos de Cristóbal Colón, de los cuales se creen depositarios los dominicanos, para exhibirlos por varias ciudades á razón de tanto la entrada.

El empresario de exhibiciones de curiosidades ó por mejor decir, su complaciente y poco escrupuloso cónsul, proponía al general Figuero pagar el gasto de la extracción de la catedral dominicana, llevárselos á los Estados Unidos del Norte America guardados por ocho soldados y cuatro sacerdotes que le concedía la explotación, y dar á este, en cambio, la mitad de los productos libres de la exhibición, que importaría en los primeros seis meses más de 20 000 duros.

El general Figuero ha contestado al cónsul que se asombraba de que se le hiciera semejante proposición que, en definitiva, venía á ser la de especular, por miserables céntimos, con una vergonzosa profanación.

¿Ignoraría el especulador que los restos del Gran Almirante están depositados en la Habana desde 1795-96, por más que los hijos de Santo Domingo crean guardarlos en su catedral?

Indudablemente sabrá que Colón fué enterrado primero en Valladolid; que despues su cuerpo fué trasladado al monasterio de las Cuevas, de Sevilla: más tarde, 1836, llevado á Santo Domingo; pero de allí sacado y llevado á la capital de Cuba, cuando la primera de dichas islas fué cedida á los franceses.

Pero él lo que pretendería es la palabra de la fe que tienen los dominicanos en poseer tan valiosas reliquias, y los soldados y los sacerdotes, con uniformes raros, para llamar mucho la atención de los curiosos.

LATIDOS

Que me dices, corazón,
Con los suspiros que dás;
Y por qué tu honda aflicción
Cada día aumenta más?

Por qué, si te han olvidado,
En querer insisten, loco?
Ya que tanto la has amado,

Aprende á olvidarla un poco.